

La modernidad de la guerra

HANS JOAS

democracia

La teoría de la modernización y el problema de la violencia*

Guerra y violencia son parte de la época moderna y no sólo de la historia que le precede. En esta contribución quisiera utilizar el hecho de la guerra en la época moderna y la elaboración intelectual de ese hecho, como una sonda para investigar la idoneidad de la teoría de la modernización, para una comprensión de los desarrollos sociales del presente. Cuando se trata de la revisión de la teoría de la modernización como el más ambicioso y más influyente proyecto de una teoría macrosociológica del desarrollo social, son temas diferentes a la guerra los que se hallan la mayoría de las veces en primer plano dentro del debate actual. El colapso del "socialismo realmente existente" le ha dado a la teoría de la modernización, por lo menos provisionalmente, nuevo impulso, y ha sugerido una interpretación de las vías de desarrollo soviéticas, o soviéticamente de-terminadas, en los términos de una mo-derнизación malograda o sólo fingida

a la que tiene que seguir ahora, y seguirá, una "modernización recuperadora" y una conclusión del atraso civilizatorio.¹ Los problemas ecológicos que son secuelas de procesos de modernización exitosos hacen atractiva, por otra parte, la idea de una refracción reflexiva del rumbo automático de crecimiento y diferenciación, tal como ha sido expuesto de modo llamativo por Ulrich Beck con su diagnóstico y su programa de una "modernización reflexiva". La nueva auto-conciencia de la teoría de la modernización y la conciencia intensificada de la crisis ecológica, chocan de repente mutuamente ba-jo estas circunstancias -más o menos como ocurrió en el Congreso de Sociólogos en Frankfurt en 1990- y todavía se refieren una a la otra de un modo polémico². Ocuparse del tema de la guerra en la época moderna podría ser apropiado para conducir el debate por fuera de semejante callejón sin salida en el que se encuentra. No se

HANS JOAS,
sociólogo,
director del
Instituto de
Estudios
Norteamericanos
John F.
Kennedy de la
Universidad
Libre de Berlín.

* Durante los años 1994 y 1995 he presentado oralmente diferentes versiones de este artículo en el Centro Científico para la Investigación Social de Berlín, en el Instituto de Ciencia Política de la Universidad de Leipzig, en el Congreso de Sociología en Halle y en la Academia Berlino-Brandenburguesa de Ciencias. Agradezco a todos los participantes de las discusiones que me han ayudado en el aguzamiento de mi argumentación, así como también a Johannes Berger, Wolfgang Knöbl y Wolfgang Vorkamp por sus posteriores observaciones.

¹ Sobre esto, ver las anotaciones en la introducción de los editores en Hans Joas/Martin Kohli (eds.), *Der Zusammenbruch der DDR. Soziologische Analysen*. Frankfurt/Main 1992, pp. 7-28. Un intento original de describir las coyunturas de la teoría de la modernización en términos de la retórica y de la concepción del mundo (*Weltanschauung*) general se encuentra en Jeffrey Alexander, «Modern, Anti, Post and Neo: How Social Theories Have Tried to Understand the 'New World' of 'Our Time'». En: *Zeitschrift für Soziologie* 23 (1994), pp. 165-197.

² Wolfgang Zapf, «Modernisierung und Modernisierungstheorien». En: W. Zapf (ed.), *Die Modernisierung moderner Gesellschaften. Verhandlungen des 25. Deutschen Soziologentags*. Frankfurt/Main (1990) 1991, pp. 23-39; Ulrich Beck, «Der Konflikt der zwei Modernen», *ibid.*, pp. 40-53. Mi punto de vista sobre la teoría de Beck se encuentra en H. J., «Das Risiko der Gegenwartsdiagnose». En: *Soziologische Revue* 11 (1988), pp. 1-6; y -más cercano al tema de la guerra- en: Hans Georg Soeffner/Max Miller (eds.), *Modernität und Barbarei*. Frankfurt/Main 1996 (en prensa).

puede esperar, ciertamente, una imagen idílica y por todos lados positiva de la época moderna, cuando se entra a considerar seriamente el hecho de la guerra; esto no significa, no obstante, que las sociedades pre-modernas se ofrezcan, dentro de ese tipo de consideración, como la imagen contraria deseable. Por tanto, la pregunta por la capacidad para la paz de sociedades y Estados, reconduce a la reflexión, obligatoria e irrecusablemente, en la dirección de los contenidos de significación positivos de la modernización. En sentido inverso, es más lo que, desde esta perspectiva, la teoría de la modernización reflexiva le concede a la teoría convencional de la modernización, que lo que no le concede, en cuanto que aquella declara a ésta como superada sólo históricamente, como no válida a partir de la expansión de las consecuencias ecológicas nocivas de la economía industrial, sin ponerla radicalmente en cuestión en su núcleo. Tal proceso de reflexión no debe estar ligado únicamente, según mi opinión, al tema de la guerra y la violencia, sino también a otras cuestiones como el nacionalismo, la religión y la secularización o el desarrollo de los roles sexuales. Ese proceso de reflexión no tiene que llevar a una alternativa completamente madura capaz de competir con la teoría de la modernización, pero sí abre un camino para una bien ponderada relativización de esta última.

El prestigio de la teoría de la modernización estuvo sometido en las últimas décadas, a enormes vaivenes coyunturales. Surgida en su pleno sentido tras el fin de la segunda guerra mundial, pudo despertarse la impresión como si con la teoría de la modernización se descubriera un paradigma de una teoría sociológico-politológica del cambio social, el cual permite resolver por lo menos cuatro tareas a la vez. Pareció (1º) posibilitar una explicación histórica del surgimiento de la economía capitalista y de la política democrática en la Europa noroccidental y en Norteamérica; (2º) extraer las enseñanzas de tal explicación histórica para las condiciones de crecimiento económico y democracia en otras partes del mundo; y esto en un modo tal que pudo ser incluso línea

directriz para una política de desarrollo activa; (3º) localizar la correlación interna de los aspectos económicos, políticos y culturales de las sociedades modernas sin someterla a un esquema infraestructura-superestructura y (4º) aceptar todo lo valioso de la herencia de los clásicos de la sociología desde 1890 hasta 1920, y traducirlo del nivel de la teoría a grandes programas de investigación. A partir de finales de los años sesenta, ese indudablemente fecundo paradigma cayó bajo un copioso bombardeo crítico. La crítica valió ahí tanto para los medios de construcción teóricos como para los supuestos normativos implícitos, más aún, para la amplia imagen del mundo que se creyó conocer en el paradigma y que cayó, sin embargo, bajo la sospecha de ideología. El paradigma de la teoría de la modernización perdió con ello no solamente su hegemonía en las ciencias sociales internacionales; también se puso a la defensiva y sufrió claramente en su fecundidad. Pero al sarcástico *requiescat in pace* que Immanuel Wallerstein le proclamó en 1979 a la teoría de la modernización, imbuído en el sentimiento de la superioridad de su teoría del "sistema mundial", siguió apenas una década después, de cara al definitivo fracaso del socialismo soviético y del apogeo económico de Asia oriental, el "exhumetur"; para los no latinistas: el llamamiento para poner nuevamente a la luz del día la concepción que ya descansaba eternamente en paz y despertarla a la nueva vida³. Pero la decisión no está entre declaración de defunción y resurrección. Formulado de modo positivo, para ninguna de estas dos cosas estaba suficientemente muerta la teoría de la modernización, es decir, ella desarrolló, a la defensiva, revisiones y complementaciones que excluyen de todas maneras una continuación invariable de los trabajos de los años sesenta. Formulado de modo negativo, la refutación de la alternativa marxista a las vías de desarrollo capitalista no es suficiente, por supuesto, para ocultar deficiencias internas de la teoría de la modernización. Hay incluso fuertes dudas, inmanentes a la teoría, en la pieza nuclear de la formación funcionalista de teorías, en la teoría

³ Immanuel Wallerstein, «Modernization: Requiescat in Pace». En: I. W., *The Capitalist World-Economy*. New York 1979, pp. 132-137; Edward Tiryakian, «Modernization: Exhumetur in Pace (Rethinking Macrosociology in the 1990s)». En: *International Sociology* 6 (1991), pp. 165-180.

de la diferenciación, la cual se halla en el transfondo de la teoría de la modernización. Las enormes faltas de claridad con respecto al concepto de diferenciación, con respecto a su *status* lógico, a las causas, a los efectos, al portador y a la escala temporal de la diferenciación, son solamente motivos suficientes para comenzar aquí de nuevo y no situarse simplemente con tranquilidad en una presuntamente buena tradición. Si el debate de las ciencias sociales en torno a la teoría de la modernización sólo fuera un conflicto de orientación política no necesitaría, como tal, ser seguido en absoluto.

Dentro de la teoría de la modernización se halla metido más o menos tácitamente el supuesto de una época moderna libre de violencia. En la teoría de la modernización el tránsito de la resolución violenta de conflictos intersociales a procedimientos no violentos de la regulación de conflictos, forma parte, exactamente, de los elementos definitorios de las sociedades modernas. Pero no sólo vale como moderna la solución de grandes conflictos entre Estados a través de procedimientos políticos sin violencia, sino que también se sostiene, con relación a la criminalidad individual, un cambio de forma del delito que va del acto de violencia espontáneo, a la criminalidad sobre la propiedad afectivamente controlada⁴. La teoría de la civilización de Elias, junto con su tesis de un control creciente sobre los afectos en los entretnejimientos más complejos de los miembros de la sociedad, cuadra aquí perfectamente⁵. En lo que concierne al papel de la violencia en la dimensión interestatal, muchas contribuciones del ámbito de la teoría de la modernización permanecen más bien mudas. Pero si está permitido poner a la teoría de la modernización en una continuidad no sólo con los clásicos sociológicos sino inclusive con las tradiciones clásicas del liberalismo en la filosofía social,

entonces puede afirmarse que ella continúa soñando con la época moderna libre de violencia⁶. En la imagen del mundo del liberalismo, las guerras y los conflictos que se resuelven violentamente tenían que aparecer como parte de la prehistoria de la humanidad civilizada y, en la medida que continuaban ocurriendo, se explicaban como reductos de una época decadente que no estaba iluminada por la luz de la ilustración, o como expresión de una confrontación de la civilización con la barbarie. El liberalismo temprano consideraba la guerra contemporánea como consecuencia del espíritu belicista aristocrático o del descontrolado desvarío de los déspotas. Espíritu belicista aristocrático y despotismo valían ahí mismo como residuos de fases primitivas de desarrollo de la humanidad. La vida civilizada debería ser también una vida civil en la que las cualidades y las necesidades belicistas no eran proscritas por la religión y la moral sino que podrían ser mitigadas y desviadas hacia la competencia deportiva o económica (*le doux commerce*)⁷. Aunque con esto no se quería aún llegar completamente a la era de la no violencia, el liberal ilustrado parecía conocer, sin embargo, el camino y los pasos a seguir hacia el perfeccionamiento de un orden racional. Con diferente peso en importancia, el libre comercio, la contribución ciudadana en decisiones relativas a la política exterior, el carácter constitucional y contractual de las relaciones interestatales, fueron formuladas como concepciones liberales de la paz. Así como la tortura y el martirio celebrado públicamente tuvieron que desaparecer de la justicia penal, así también tuvieron que desaparecer de la sociedad moderna, es decir, de la sociedad burguesa, la guerra y la correspondiente violencia contra personas y cosas. En esa imagen del mundo, el severo rechazo a la violencia va por eso acompañando a un cierto menosprecio

⁴ Ver como panorama Helmut Thome, «Gesellschaftliche Modernisierung und Kriminalität: Zum Stand der sozialhistorischen Kriminalitätsforschung». En: *Zeitschrift für Soziologie* 21 (1992), pp. 212-228.

⁵ Norbert Elias, *Über den Prozeß der Zivilisation*. Frankfurt/M. 1976. Soy consciente de que frente a mi fuerte acentuación de la linealidad en los supuestos de Elias acerca del creciente entretnejimiento y el progresivo control sobre los afectos, también hay interpretaciones que llaman la atención sobre las constelaciones interestatales y su contingencia en Elias, y que por eso lo ponen a él cerca de las intenciones que se persiguen aquí. Ver Artur Bogner, «Die Theorie des Zivilisationsprozesses als Modernisierungstheorie». En: Helmut Kuzmics/Ingo Mörrth (eds.), *Der unendliche Prozeß der Zivilisation. Zur Kulturosoziologie der Moderne nach Norbert Elias*. Frankfurt/Main 1991, pp. 35-58; cfr., igualmente, diversos trabajos de Johann Arnason. Este no es el lugar para una integración de ambos puntos de vista.

⁶ Hans Joas, «Der Traum von der gewaltfreien Moderne». En: *Sinn und Form* 46 (1994), pp. 309-318.

⁷ Albert Hirschman, *Leidenschaften und Interessen. Politische Begründungen des Kapitalismus vor seinem Sieg*. Frankfurt/Main 1980, pp. 66 ss.

de su presencia. Una visión orientada hacia adelante, optimista respecto del futuro, trata con impaciencia y sin genuino interés a la mala época antigua que se extingue.

Qué tan eficiente es esa tradición de pensamiento y qué tan importante es ella para nuestras representaciones sobre la modernización es algo que se puede en cierta medida inferir ex negativo, es decir, a partir de la asimilación de la primera guerra mundial bajo las llamadas premisas liberales⁸. Estas se difundieron del modo más inquebrantable al principio de nuestro siglo entre los intelectuales americanos, y por eso se observan en ellos, del modo más claro, las consecuencias de la guerra para la imagen liberal del mundo. Al principio de la guerra ésta fue percibida por ellos como signo del atraso europeo con relación a la modernidad americana; la guerra como reducto feudal, expresión de la senilidad y decadencia europeas de la que América se cuidaba de resguardarse. Con la revolución rusa de febrero y la caída del dominio del zar, así como con la intensificación del debate en torno a un ingreso de los Estados Unidos en la guerra se puso otro motivo en primer plano: la guerra como lucha entre democracia y autocracia. Ver la democracia deficitaria como razón de una política exterior belicosa cuadraba perfectamente en la imagen liberal del mundo. Thorstein Veblen, en su libro *Imperial Germany and the Industrial Revolution* de 1915, remite el peligro proveniente de Alemania a una presunta relación fallida entre modernidad económico-técnica y atraso político-cultural en ese país⁹, Alemania es considerada por él, así como por sus contemporáneos -que más que todo argumentaban desde la óptica histórico-espiritual-, como un país que perdió el camino de la modernización. Este es en cierto sentido el

momento en que nació la tesis del camino peculiar (*der Sonderweg*) alemán dentro de las ciencias sociales americanas. Es difícil reconstruir el modo como esa idea interactuó con la variante apologética alemana del pensamiento acerca de un camino peculiar en el ámbito del historicismo. Precisamente a través de Parsons, por una parte, y a través de Dahrendorf y Wehler, por la otra, fue que la variante americana llegó a ser decisiva para la teoría de la modernización tardía y para la investigación sobre Alemania. Su sentido teórico-estratégico me parece haber sido muy poco observado hasta ahora. Pues ella permite aferrarse, con pequeñas correcciones, a un paradigma evolucionista de progreso de cara a la guerra mundial. Si la guerra hubiera de remitirse al caso especial alemán, entonces los demás supuestos sobre el carácter civilizatorio de la época moderna no flaquearían. Esto sólo es consecuente siempre y cuando -como en el caso de Veblen- también aparezca el nacionalismo no como producto de la época moderna, sino como reducto de tiempos bárbaros. La guerra mundial no indujo, entonces, a las versiones tempranas del pensamiento sobre la modernización a seguir en la dirección de un cuestionamiento del supuesto de una época moderna libre de violencia; la "exotización" (Lepsius) de determinadas vías de desarrollo nacional permitió más bien una amplia inmunización respecto del acontecer histórico mundial¹⁰.

La teoría de la "modernización defensiva" da un paso más allá por encima de la clásica imagen liberal del mundo¹¹. Aquella se despidió de la representación de una mera coexistencia del desarrollo a lo largo de iguales vías de desarrollo. Los trabajos de Reinhard Bendix, históricamente saturados, más o menos intentan tomarse en

⁸ Hans Joas, «Kriegsideologien. Der Erste Weltkrieg im Spiegel der zeitgenössischen Sozialwissenschaften». En: *Leviathan* 23 (1995), pp. 336-350.

⁹ Thorstein Veblen, *Imperial Germany and the Industrial Revolution* (1915). New Brunswick, N. J. 1990; Thorstein Veblen, *The Nature of Peace and the Terms of Its Perpetuation*. New York 1917. Acerca de la imagen de Veblen sobre Alemania cfr. Colin Loader/Rick Tilman, «Thorstein Veblen's Analysis of German Intellectualism». En: *American Journal of Economics and Sociology* 54 (1995), pp. 339-355.

¹⁰ Existe una argumentación similar en Randall Collins, «German-Bashing and the Theory of Democratic Modernization». En: *Zeitschrift für Soziologie* 24 (1995), pp. 3-21; ver, sobre esto, en todo caso, la réplica de W. Knöbl, op. cit., pp. 465-468, así como el extraordinariamente bien sopesado balance de la discusión acerca de un camino peculiar alemán en Jürgen Kocka, «German History before Hitler: The Debate about the German 'Sonderweg'». En: *Journal of Contemporary History* 23 (1988), pp. 3-16. Igualmente importantes -con una referencia directa a Veblen- son las observaciones relativizadoras de Thomas Nipperdey, *Deutsche Geschichte 1866-1918*. Tomo 2, München 1992, pp. 902 sgs. y passim.

¹¹ Ver con relación a esto Cyril E. Black, *The Dynamics of Modernization*. New York 1966.

serio el enfoque según el cual la primera nación que se pone en el camino de la modernización tiene la oportunidad de la continuidad de su desarrollo sin presión de tiempo impuesta desde afuera¹². Toda otra nación se encuentra, en cambio, en un campo de fuerzas que resulta de la competencia entre los que avanzan y los que se retrasan. Esa competencia podría estar en primer término expresada económica y técnicamente. De hecho también existió desde Veblen el argumento de las ventajas del atraso. Pero la teoría de la modernización defensiva apunta preferentemente hacia caídas políticas y militares del poder. La vivencia traumática de una derrota militar, a veces también la perspectiva de élites dominantes en peligro de sufrir un revés semejante, valen como dispositivo activador de forzados procesos de modernización en la política económica, así como en la financiación tributaria y en la organización interna del aparato militar. Ya las fases tempranas de la modernización europeo-occidental pusieron de algún modo a los imperios ruso y otomano bajo una presión a la que debió ejercer fuerza contrarrestadora la modernización de la armada y de la burocracia. El más importante proceso de modernización defensiva para Alemania se desarrolló como secuela de la derrota aniquiladora de Prusia en 1806 frente a Napoleón. Las reformas de Stein y de Hardenberg y la transformación de las estructuras del viejo Reich sirvieron para superar el oprobio de la derrota y para evitar que se repitiera¹³. Está menos presente en la memoria alemana que tanto las naciones derrotadas por Alemania, digamos como Francia después de la derrota de 1871, pero también Dinamarca después de 1864, cayeron bajo la correspondiente presión defensiva respecto de la modernización. La reciente historia del Japón no se puede entender en absoluto sin esa presión. Los ejemplos podrían multiplicarse tanto como se quiera. En nuestro

contexto es decisivo que la teoría de la modernización defensiva conecta unos con otros los desarrollos de estados particulares, declara como posible el aceleramiento de procesos de modernización, y acepta una acción recíproca entre posición de poder internacional y modernidad interna. Claro está que ella hace todo eso sólo hasta el punto en el que se llega a la pregunta acerca de si la competencia económica, política y militar entre los estados, puede llevar a resultados diferentes a los de una modernización. Un fenómeno como el del afianzamiento, apoyado en el poder, de la desigualdad en el desarrollo no es tematizado por ella.

¿Pues qué ocurre -debe preguntarse yendo más allá de la "teoría de la modernización"- si ella faltara o fracasara? Los estados también pueden perder la oportunidad de aprender su lección o pueden quedarse sin obtener resultados pese a todos los esfuerzos de aprendizaje. La respuesta la da, según mi opinión, la socióloga norteamericana Theda Skocpol con su teoría de la revolución¹⁴. Como es sabido, Skocpol no parte de la típica teoría de la modernización sino de las investigaciones de Barrington Moore, influidas por el marxismo, sobre los orígenes sociales de democracia y dictadura. En esos trabajos de su maestro, el papel de la violencia en las transformaciones del sector agrario y en la acumulación llamada originaria, así como también en la reforma del aparato de estado, llegó a ser más claro que en la teoría de la modernización convencional. Pero con todo y la dependencia respecto de la visión de Moore sobre la estructura de clases rural y el papel bloqueador del estrato superior terrateniente, ella argumenta contra Moore, así como contra la teoría de la modernización, con la misma meta: la de proponer un "gestalt switch", como ella dice, que vaya del tratamiento de la coexistencia, tal vez aún de la conexión, en lo esencial, de

¹² Reinhard Bendix, «Tradition and Modernity Reconsidered». En: *Comparative Studies in Society and History* 9 (1966/67), pp. 292-346 (acerca de la fundamentación histórica en general); Reinhard Bendix, «Modernisierung in internationaler Perspektive». En: Wolfgang Zapf (ed.), *Theorien des sozialen Wandels*, Köln 1970, pp. 505-512 (acerca de la relación entre pioneros y retardados en la modernización); Reinhard Bendix, *Könige oder Volk*. 2 tomos. Frankfurt/Main 1980 (acerca de su propia sociología histórica).

¹³ Hans-Ulrich Wehler le pone a la historia alemana desde 1789 hasta 1815 el título «Defensive Modernisierung» (modernización defensiva). Ver Hans-Ulrich Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte*. T. 1. München 1987, pp. 343 sgs.

¹⁴ Theda Skocpol, *States and Social Revolutions. A Comparative Analysis of France, Russia and China*. Cambridge 1979. Barrington Moore, *Soziale Ursprünge von Diktatur und Demokratie*. Frankfurt/Main 1969.

procesos de desarrollo endógenos, a una tipo de tratamiento intersocial desde un principio. Ahora bien, a la inversa, tal tipo de tratamiento -con relación al cual ya existían algunas propuestas anteriores en Thorstein Veblen y León Troski- no puede estar subordinado, en todo caso, a un reduccionismo económico. Un cambio de perspectiva como el que propone Skocpol relativiza la fuerza de determinación a largo plazo de sociedades, y debilita considerablemente la presunción de un camino peculiar alemán o japonés, por lo menos en tanto éste es referido a constelaciones endógenas y no exógenas. El cambio de enfoque concentra la atención en tales constelaciones de crisis, las cuales no pueden ser tampoco dominadas por los estados mediante empeños de modernización forzados. Estos empeños existen en guerras ya que éstas, en todo caso, traen consigo, sobre todo en el caso de la derrota amenazante o inminente, una profunda conmoción de la legitimidad del orden político y un debilitamiento de los aparatos de coerción estatal¹⁵. Correspondientemente, Skocpol no explica las revoluciones a partir de los propósitos de élites revolucionarias o de masas como un tipo de nivel más elevado de su movilización, sino a partir de la conexión de crisis de modernización con constelaciones bélicas. En esta perspectiva, el estallido de la revolución francesa es determinado por la competencia franco-británica en el siglo XVIII. La significación de la guerra es inmediatamente evidente en el caso de las revoluciones rusas de 1905 y 1917, y en el caso de la historia de la revolución china. Mientras que la guerra ruso-japonesa de 1904/05 terminó, ciertamente, con una derrota para Rusia que atizó la insatisfacción que condujo a la revolución, esa guerra permaneció, empero, temporal y espacialmente estrechamente limitada y dejó intocada, en lo fundamental, la capacidad de funcionamiento y la lealtad del aparato militar. Esto fue completamente distinto después, en la guerra mundial. La población campesina y la población rural se rebelaron, y los militares no se presentaron frente a la politización de los jóvenes hijos de los campesinos como instrumento de

represión, sino más bien como correas de transmisión de esa insatisfacción. El cambio de sistema por la revolución aparece menos como la realización de un propósito ideológico de mejoramiento del mundo y más como la continuación desesperada de un proceso de modernización defensiva (con otros medios diferentes a los de sus competidores y con otras consecuencias en dirección a una centralización extrema del poder estatal y la completa destrucción de la estructura social tradicional). Pero el concepto de modernización se torna ambiguo justamente en ese uso. La competencia a la modernización produjo en las revoluciones del siglo XX, en cierto sentido, el opuesto al modelo de modernización. Y esa ambigüedad se hace abiertamente patente con el colapso de esa vía de desarrollo -o de la "revolución anticomunista". ¿Fue el desarrollo soviético mismo una modernización recuperadora o requiere él de esa modernización recuperadora después del colapso del modelo soviético? ¿Tiene la modernización recuperadora vía libre, o se repite la constelación a partir de la cual sobresalió alguna vez el sobrepajamiento revolucionario de la modernización defensiva? Con la conjunción de modernización, guerra y revolución, tambalea la representación según la cual la presión hacia la modernización defensiva conduce con certeza hacia una más o menos exitosa modernización recuperadora. Se hace más bien clara la posibilidad de una constitución de nuevos ordenamientos sociales como consecuencia posible de crisis de modernización.

La constitución de un nuevo orden se torna aún más clara si también consideramos el nacimiento del fascismo a partir del espíritu de guerra. Inclusive entre intelectuales alemanes de primer orden durante la época de la guerra - como Max Scheler y Georg Simmel- estaba difundida la esperanza de un efecto relativizador de la guerra. Podemos entender esto adecuadamente no si suponemos ahí una continuación de un belicismo anticuado o del socialdarwinismo, sino si comprendemos que aquí estaba actuando una búsqueda sumamente moderna de otra época moderna. Georg Simmel, por

¹⁵ Esto lo ha trabajado de modo especialmente enérgico Randall Collins: «Imperialism and Legitimacy. Weber's theory of politics». En: R. C., *Weberian Sociological Theory*. Cambridge 1986, pp. 145-166.

ejemplo, ve la guerra como la gran ruptura –o por lo menos la gran oportunidad de una ruptura– con las tendencias trágicas de la cultura moderna. Las cadenas fin-medio, que tanto tardaron para convertirse en lo que llegaron a ser, serían acortadas de un golpe, se ganaría nuevamente genuina temporalidad, el carácter social de toda individualidad podría ser vivido. A todos los críticos culturales de la época de la pre-guerra les era común el sensorium de que la modernización no podía ser perseguida satisfactoriamente siguiendo el hilo conductor de la racionalización progresiva; pero casi ninguno creía en la recuperabilidad de la época moderna. La guerra pudo ser vivida por todos estos buscadores como la revelación de la solución buscada. Repentinamente pareció tener lugar ante los ojos de los implicados la génesis de nuevos valores y vínculos, y por eso la guerra fue comparada con las grandes rupturas culturales transformadoras en el recuerdo de los europeos, como la reforma o la revolución francesa. Al interior del proceso de modernización el timón pareció, fundamentalmente, haber sido puesto a dar vueltas.

Al júbilo embriagador sobre el comienzo de una época moderna diferente no siguió pronto entre los intelectuales alemanes sino un estado de ánimo de resaca. Mussolini e intelectuales italianos de primera línea, consideraron la guerra misma, en cambio, como revolución –no, como los bolcheviques, como prerequisite favorable para la revolución, ni tampoco como los belicistas existenciales alemanes como transformación interna única del hombre–. Ya algunos de ellos habían considerado la guerra ruso-japonesa de 1905, que sirvió de dispositivo activador de la primera revolución rusa, como prueba de “la modernidad de la guerra” (Enrico Corradini). Gabriele d’Annunzio exaltó el elogio nietzscheano de la acción violenta como desenvolvimiento dominador del hombre dionisiaco y convirtió en aventura bélica lo que había sido en Nietzsche la fantasía de papel de un filósofo. Para Mussolini la guerra se convierte en la ocasión de romper con la visión común al liberalismo y al socialismo de un mundo en paz

y de redescubrir al hombre como el “más belicoso ser viviente de toda la zoología”. El fascismo italiano intentó hacer durar la guerra desde un punto de vista organizativo e institucional. El movimiento fascista se adhiere organizativamente al modelo de una alianza de guerra. La violencia terrorista contra los opositores políticos internos no sólo fue practicada por las divisiones de choque fascistas abierta y sistemáticamente de un modo inaudito, sino también justificada allí donde no había a la base ningún fin instrumental. La imagen la forjaron en primer término oficiales y soldados de élite dados de baja, así como también estudiantes de colegio y de universidad. Los grupos de lucha se transformaron entonces en la milicia fascista que era responsable en calidad de órgano estatal del partido. La economía de guerra, con la enorme coordinación y adaptación de todas las fuerzas sociales, dió al carismático líder la visión de un nuevo orden, del nuevo orden del estado corporativo en el que todas las fuerzas siguen una voluntad y la población representa una única masa obediente¹⁶.

Obviamente es posible interpretar, como en el caso del comunismo soviético, el fascismo italiano como una más o menos exitosa dictadura recuperadora de desarrollo. La medida del éxito en el desarrollo es, entonces, una cuestión empírica. Pero nos debería volver suspicaces el hecho de que las metas proclamadas del fascismo y del nacionalsocialismo alemán, no eran de ningún modo claramente modernistas o anti-modernistas. Eso vale correctamente, en primer término, para los resultados de la política de esos regímenes. Por eso Dahrendorf atribuyó al nacionalsocialismo una suerte de función modernizadora a regañadientes. A eso hay que agregar que fascistas y nacionalsocialistas representaron completamente un carácter prototípico de sus imágenes de orden. ¿Cómo juzgaríamos hoy sobre modernización recuperadora si Hitler, si la Alemania nacionalsocialista, hubiera vencido? Posiblemente consideramos ridícula y absurda la sola pregunta. Pero en el año 1940 podía verse muy bien la situación de tal modo que, en el

¹⁶ Ver Ernst Nolte, *Der Faschismus in seiner Epoche*. München 1963; Zeev Sternhell, *The Birth of Fascist Ideology. From Cultural Rebellion to Political Revolution*. Princeton, N. J. 1994.

mejor de los casos, tan sólo quedaría un orden político democrático en Norteamérica. Si tomamos en serio una posibilidad semejante, entonces se evidencia la contingencia radical del hecho que fashismo y bolchevismo hayan decaído en el momento en que decayeron; es la posibilidad, en otras palabras, de que en lugar del síndrome de desarrollos descrito por la teoría de la modernización se hubiera dado, efectivamente, un modelo capaz de competir y de sobrevivir sin los contenidos normativos de la tradición cultural occidental.

Si estamos dispuestos a pensar la contingencia radical de la caída del fashismo y, por eso, no dotamos al triunfo de las sociedades occidentales sobre sus enemigos en el siglo XX con una declaración de garantía histórico-filosófica, entonces es apenas natural no interpretar más el surgimiento de la época moderna en términos evolucionistas sino como el resultado de una constelación histórica contingente. A los clásicos alemanes de la sociología, digamos Max Weber y Werner Sombart, no les era de ningún modo totalmente extraño ese tipo de consideración. Max Weber no vió el quiebre de la época moderna como resultado obvio de un proceso cultural de racionalización. Werner Sombart intentó trabajar en 1913 el papel constitutivo de la guerra para los procesos de racionalización estatal y de disciplinación cultural. En sus lecciones sobre historia económica, Max Weber declaró esto, ciertamente, como exagerado y equívoco, por monocausal, pero también le concedió a la competencia entre sí de los estados nacionales emergentes, un papel esencial en el advenimiento de la época moderna¹⁷. Sobre todo en la nueva sociología británica - en Michael Mann, John Hall y también Anthony Giddens- ese pensamiento de los clásicos ha experimentado

recientemente un amplio renacimiento¹⁸. El fracaso de la formación de un gran imperio en Europa, y la permanencia de las complicaciones bélicas que resulta de ahí, se declara en esa nueva sociología británica, de un modo esencialmente más diferenciado que en Sombart, como un motor del proceso de modernización. La comunidad de la cultura cristiana impidió en principio el repilegue de esa competencia en una lucha aniquiladora en todas las direcciones. Después que la revolución militar, debido a las nuevas armas, convirtió cada vez más en obsoleta la forma caballeresca de hacer guerra, todo el entretejido conformado por estado, aparato militar y economía cambió radicalmente. Las nuevas armas exigieron una nueva tecnología de la fabricación, una nueva organización y educación de los militares, así como también un nuevo tipo de financiación. Para muchos señores territoriales los nuevos avances, que se presentaban necesariamente, eran simplemente imposibles de financiar. La posibilidad de financiación era relativamente fácil de lograr solamente allí donde, o bien gracias a una ya avanzada economía monetaria, o bien a causa de una situación geográfica favorable, la relación entre impuestos y armamentismo entró rápidamente en equilibrio. En otros casos, requirió de una enorme concentración de recursos en el estado y de un retroceso forzoso de todas las otras instancias intermedias, para poder estar en la competencia militar. La situación económica y geográfica de Inglaterra predispuso a ese país a un desarrollo constitutivo que es concebido como prototipo de modernización. Se puede especular acerca de si desde el punto de vista político lo que Inglaterra llevó a cabo no fue tanto un proceso de modernización, sino que más bien ella permaneció al resguardo de las presiones para la forma-

¹⁷ Werner Sombart, *Krieg und Kapitalismus*. München/Leipzig 1913; Max Weber, *Wirtschaftsgeschichte. Abriß der universalen Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*. Berlin 1923 pp. 265 s.

¹⁸ Michael Mann, *Geschichte der Macht*. T. 2. Frankfurt/Main 1991; John Hall, *Powers and Liberties: The Causes and Consequences of the Rise of the West*. Berkeley 1986; Anthony Giddens, *The Nation-State and Violence*. Cambridge 1985. Un buen panorama sobre ese desarrollo teórico lo da Wolfgang Knöbl: «Nationalstaat und Gesellschaftstheorie». En: *Zeitschrift für Soziologie* 22 (1993), pp. 221-235. Posiciones críticas respecto de Giddens: Christopher Dandeker, «The Nation-State and the Modern World System» y John Breuilly, «The Nation-State and Violence: A Critique of Giddens». Ambos en: Jon Clark y otros (eds.), *Anthony Giddens, Consensus and Controversy*. London 1990, pp. 257-269 y pp. 271-288. En Alemania, Friedrich Tenbruck se ha esforzado, desde el lado conservador, por lograr una ampliación de la perspectiva centralizada en el estado nacional. Ver, por ejemplo, Friedrich Tenbruck, «Gesellschaftsgeschichte oder Weltgeschichte?». En: *Kölner Zeitschrift für Soziologie* 3 (1989), pp. 417-439.

ción de un aparato estatal superpoderoso¹⁹.

Una explicación semejante no quiere ignorar tradiciones de cultura y estatidad que se remontan bastante lejos en el pasado, ni tampoco quiere negar el valor de los desarrollos económicos y técnicos; con todo, ella sí apunta, por supuesto, a pensar el surgimiento de la época moderna no, ciertamente, como acontecimiento único e irrepetible, sino más bien como constelación contingente. Dentro de esa constelación de desarrollos culturales, económicos, políticos y militares la revolución militar entre 1560 y 1660 y la historia de las guerras y las guerras civiles jugaron un papel esencial, prácticamente ignorado en la sociología²⁰. Pero esta formulación es aún inofensiva porque sólo expresa el hecho de que las guerras tuvieron participación en el surgimiento de la época moderna. Al núcleo del asunto empieza recién a apuntar la línea de pensamiento de Stephen Toulmin en su libro *Cosmopolis*²¹; a saber: que guerra y guerra civil han marcado en su más íntima esencia la época moderna, tal como nosotros la conocemos. No es la imagen de la historia insoportablemente autocomplaciente y parcializada hacia el protestantismo de un auge lineal del comercio, de las ciudades, de la imprenta, de la filosofía, de la ciencia natural, de la soberanía nacional, que resultan del renacimiento y la reforma la que comprende la temprana edad moderna, la cual, antes bien, fue una época de los más grandes disturbios, del fanatismo religioso y del "contra-renacimiento", sino el pensamiento de muchas variantes de posible modernización, de las cuales solamente una se puso en marcha. Precisamente no llegaron a ser válidos en el proceso social de

modernización algunos derroteros esenciales de la temprana modernización cultural del renacimiento como la enfatización de la retórica y de la sensualidad, de la estrechez temporal y local de todo pensar. Las ideas humanistas acerca de un ordenamiento pacífico de toda Europa fueron víctimas de la construcción racionalista de Hobbes, quien le confirió expresión clásica a la representación de un mundo compuesto de estados nacionales soberanos antes de su realización histórica. La búsqueda cartesiana de certeza, que en las reconstrucciones filosóficas de la época moderna marca desde hace tiempo el comienzo de la modernidad, es en la perspectiva de Toulmin un intento de salirse de la confrontación, que devino insoportablemente violenta, con los productos decadentes de la edad media tardía jalándose del propio moño. La glorificación de la racionalidad no surge de su obvia validez sino que expresa la medida en la que se orienta hacia ella la esperanza de los desesperados.

Soy consciente de que el panorama que intento aquí establecer muestra ciertamente mucho, pero nada de ello con el adecuado detalle y con profundidad. El sueño de la época moderna libre de violencia, el significado de la modernización defensiva, la conexión de modernización, guerra y revolución, el surgimiento del fascismo a partir del espíritu de guerra, el papel de la guerra en el surgimiento de la época moderna y el hecho de que la modernización se halle internamente marcada por las experiencias de guerra y guerra civil, todo eso fue tratado en este esquema de ideas solamente con sugerencias. Pero no es la acumulación de asuntos aislados sino la

¹⁹ Ese argumento se refiere, por supuesto, al historiador Otto Hintze quien, pese a su cercanía a la sociología, ha sido olvidado de forma vergonzosa por la sociología alemana. Véase, por ejemplo, su clásico ensayo: «Staatsverfassung und Heeresverfassung» (1906). En: Otto Hintze, *Staat und Verfassung. Gesammelte Abhandlungen*. T. 1. Göttingen 1970, pp. 52-83. Wolfgang Reinhard relativiza de modo convincente la línea de argumentación geopolítica de Hintze; ver Wolfgang Reinhard, «Staat und Heer in England im Zeitalter der Revolutionen». En: Johannes Kunisch (ed.), *Staatsverfassung und Heeresverfassung in der europäischen Geschichte der frühen Neuzeit*. Berlin 1986, pp. 173-212. Una versión sociológicamente aceptable del argumento de Hintze se encuentra ya en Brian M. Downing, «Constitutionalism, warfare and political change in early modern Europe». En: *Theory and Society* 17 (1988), pp. 7-56; y más detalladamente en su libro: *The Military Revolution and Political Change: Origins of Democracy and Autocracy in Early Modern Europe*. Princeton 1992.

²⁰ Sobre la concepción de la «revolución militar» de Michael Roberts a la que se hace referencia ver: Geoffrey Parker, *Die militärische Revolution. Die Kriegskunst und der Aufstieg des Westens. 1500-1800*. Frankfurt/Main 1990; Bruce Porter, *War and the Rise of the State. The Military Foundations of Modern Politics*. New York 1994, pp. 63 ss. Para la ocupación sociológica con estas cuestiones es esencial la obra de Charles Tilly. Ver sus trabajos: «Reflections on the History of European State Making». En: Ch. T. (ed.), *The Formation of National States in Western Europe*. Princeton 1975, pp. 3-83, y su libro: *Coercion, Capital, and European States 990-1990*. Oxford 1990.

²¹ Stephen Toulmin, *Cosmopolis. The Hidden Agenda of Modernity*. New York 1990.

correlación de estos complejos individuales la que sugiere no sólo que se revise nuestra respuesta a muchos problemas de la sociología histórica, sino también que se saquen consecuencias para nuestra comprensión de la época moderna y para la relativización de la teoría de la modernización²². La fórmula de la "modernidad de la guerra" no me sirve para aclamar la posibilidad de la guerra dentro del espíritu de un nuevo belicismo o de la ideología de la Realpolitik libre de valores. Tampoco quiero con ella designar aquel tipo de guerras que pueden ser justificadas mediante "modernas" premisas morales universalistas. Tampoco se debe favorecer con ella la proyección del deseo de paz sobre las sociedades pre-modernas. La aplicación provocativa de esa fórmula debe más bien contribuir a hacer saltar en pedazos la identificación satisfecha consigo misma de modernización y probabilidad decreciente de la guerra. La historia del siglo que llega a su fin y el inmediato presente, nos fuerzan a ligar la búsqueda de las condiciones de la paz con un análisis sin ilusiones de tendencias hacia la guerra también específicamente modernas. De las reflexiones así motivadas resultan, para la teoría de la modernización, cuatro consecuencias básicas. Primero, en el tema de la guerra se hace evidente cuán poco se ha de pensar la modernización como un todo homogéneo con desarrollos sincronizados de la cultura, de la economía y de la política. La conexión estrecha de sistemas sociales parciales en la teoría de la modernización ha pasado de ser un resultado efectivo a ser una carga. Del mismo modo, la enfatización de la variabilidad cultural y la observación de las muy diferentes conexiones de orden político y económico, han dirigido la atención hacia el flojo acoplamiento de los campos sociales parciales, así como a partir de razones internas a la teoría aparece cada vez más como problemática comunidad entre

marxismo y teoría de la modernización, el que se supongan aquí estrechas conexiones²³. Correspondientemente, tenemos que separar entre sí diferentes dimensiones de modernización y permitir relaciones variables entre esas dimensiones. Se han de constatar, entonces, discrepancias complicadas entre campos sociales parciales, efectos retroactivos de pérdidas de modernidad y la defensa de viejos órdenes con medios modernos. Segundo, la línea de pensamiento aquí expuesta aumenta la presión sobre la justificación de las premisas normativas que subyacen a la teoría de la modernización. Si la teoría de la modernización deja ir las pretensiones de linealidad y teleología, el tono de la inevitabilidad histórica, entonces no se pueden justificar más las metas normativas como la de la democratización a partir de resultados funcionales. Esto no excluye, ciertamente, la idea de ventajas funcionales de la democracia. Pero ventajas funcionales no se realizan siempre, como se sabe, y el problema de la fundamentación normativa no es idéntico al de la comprobación de resultados funcionales. Necesitamos, por consiguiente, una clara conciencia de las razones normativas que hacen de la democracia medida de progreso, sin que poseamos con eso una garantía histórica de ese progreso. Los conceptos modernidad y modernización también articulan todavía con frecuencia el anhelo de semejante garantía, incluso allí mismo, por lo demás, donde la "época moderna" sólo es vista de modo pesimista. Tercero, la investigación del significado de la guerra para el cambio social muestra de un modo que no puede ser pasado por alto, el efecto de las constelaciones internacionales sobre el carácter preciso de procesos de modernización. La recaída aquí en un debate limitado a la endogenia constituye en cierto modo el error de nacimiento de la sociología, ya sea que este debate se oriente cultural o materialmente. Ese error de nacimiento puede presentarse como letal

²² Paralelamente a mis investigaciones sobre la guerra, Wolfgang Knöbl se ha ocupado del legítimo ejercicio de la violencia al interior del estado. Ver Wolfgang Knöbl, *Polizei und Herrschaft im Modernisierungsprozeß. Staatsbildung und «innere Sicherheit» in Preußen, England und Amerika 1700-1914*. Diss. (Tesis doctoral) FU Berlin 1995.

²³ Para la crítica del núcleo teórico relativo a la diferenciación en la teoría de la modernización ver mis argumentos (y la literatura allí mencionada) en: Hans Joas, *Die Kreativität des Handelns*. Frankfurt/Main 1992, pp. 326 ss. Todavía sigue siendo digno de leer en ese contexto el libro de Hans Ulrich Wehler *Modernisierungstheorie und Geschichte*. Göttingen 1975.

para la disciplina y su credibilidad²⁴. Y cuarto, la elaboración cultural de la guerra nos recuerda, finalmente, la discrepancia interna de la cultura moderna. El incremento de la racionalidad puede significar muy diferentes cosas y los posibles conceptos opuestos de racionalidad son múltiples. Los resultados de la abstracción de la teoría sociológica requieren, justamente, del nexo con la intimidad temática de la escritura de la historia y de la sensibilidad para la conmoción de las corrientes culturales de la época, si es que

debe ser desarrollada, a partir del ofrecimiento que hace la teoría de la modernización, una imagen adecuada de nuestro tiempo y de la historia que le precede.

Traducción del alemán:
LUIS EDUARDO HOYOS JARAMILLO
 Departamento de Filosofía
 Universidad Nacional de Colombia

²⁴ Me parece que los pronósticos sobre el futuro de China ofrecen aquí un interesante test. Mientras que a partir de la teoría de la modernización se pueden derivar pronósticos optimistas sobre un inevitable proceso de democratización, el tipo de tratamiento aquí representado se inclina a considerar escenarios completamente distintos. ¿Un dominio regional militar de China no puede también militarizar crecientemente a los exitosos estados comerciales de Asia oriental? ¿Se podría mantener asegurada la unidad estatal dentro de una democratización? Ver: Kay Möller, «Muß man vor China Angst haben?». En: *Süddeutsche Zeitung* 19. 05. 1995, p. 9; Nicholas D. Kristof, «The Real Chinese Threat». En: *The New York Times Magazine*, 27. 08. 1995; así como también, sobre la teoría de la modernización en China misma, Bettina Gransow, «Chinesische Modernisierung und kultureller Eigensinn». En: *Zeitschrift für Soziologie* 24 (1993), pp. 183-195.

